

## Dos políticas para derrocar a la Junta Militar chilena

En la ya larga historia que el pueblo chileno ha escrito, luchando contra la explotación capitalista y sus variadas formas de gobierno, lucha que data de principios de siglo, sobresalen dos características esenciales para comprender la fase actual de la misma en contra de la dictadura militar de Pinochet.

Una de ellas es su carácter masivo: la presencia de grandes contingentes de masas (campesinos, obreros, estudiantes o empleados) que participan activamente en las movilizaciones populares, sean éstas meramente reivindicativas o de marcado carácter insurreccional, las cuales se suceden durante todo el siglo xx y dan origen a represiones tan feroces y sanguinarias como las de Valparaíso en 1902, Antofagasta en 1905, Escuela Santa María de Iquique en 1906, Punta Arenas en 1919, San Gregorio en 1921, La Coruña en 1925, Ranquil en 1932, Seguro Obrero en 1938, Santiago el 2 de abril de 1952, El Salvador en 1966 y Puerto Montt en 1969, por nombrar a las más tristemente recordadas debido a los miles de muertos y heridos que arrojaron.

La otra característica es que se trata de movimientos populares no armados, donde las masas se presentan inermes frente a las fuerzas represivas y sólo sostenidas por la convicción de que sus demandas son justas, por lo que, sistemáticamente, son masacradas por los esbirros del capital.

Sin embargo, se trata de movilizaciones que ponen seriamente en peligro la estabilidad política del Estado capitalista y significan pasos importantes en el desarrollo de la conciencia política del proletariado y los campesinos, siendo posteriormente recordadas y enarboladas como banderas de lucha por la clase obrera y los partidos populares.

Pero, no obstante esta capacidad de movilización política que muestra la clase obrera y en cuyo desarrollo se percibe la acción infatigable de los primeros líderes de los partidos Comunista y Socialista y, sobre todo, la figura señera de Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Obrero Socialista y del Partido Comunista, a medida que se va fortaleciendo orgánicamente la clase obrera e identificándose en sus dos Partidos (socialista y comunista) y a la par que van proliferando los sindicatos, se percibe una *institucionalización* de las acciones políticas a través de los partidos y, al mismo tiempo, estos últimos van a canalizar todos sus esfuerzos dentro de los márgenes de la legalidad estatal capitalista.

En efecto, desde la participación socialista y comunista en el Frente Popular del 38 queda configurada una estrategia para conquistar el poder: *la vía electoral*. Desde ese momento, los dos grandes partidos de izquierda en Chile, ambos declarados marxistas leninistas, van a dedicar todos sus esfuerzos a denunciar la explotación capitalista desde el sindicato y el Parlamento

en la medida que la propia dominación burguesa lo permitía y hasta lo estimulaba, pues el "libre juego democrático" fortalecía las instituciones burguesas. Claro que, al mismo tiempo, fortalecía las instituciones de la clase obrera: sus partidos y sindicatos.

Este legalismo electoral se lleva a cabo a pesar de aquellas manifestaciones de rebeldía espontánea (en la mayoría de los casos) que realiza el pueblo y que terminaban en masacres obreras, las cuales, en todo caso, eran fuente de agitación electoral en contra del gobierno en turno. De esta forma, los partidos de izquierda chilenos se desarrollaban abriendo sus puertas al pueblo y, por ende, masificándose, pero el legalismo electoral y parlamentario era fuente de burocratización casi forzosa, pues obligaba a sus dirigentes a desempeñarse en esferas superestructurales del Estado donde el control popular es escaso o nulo.

Esta forma de accionar político va a culminar con el éxito electoral de 1970, cuando fue elegido presidente de Chile Salvador Allende Gossens, pero el legalismo y el burocratismo se convierten en el principal obstáculo para que el pueblo hubiera sido armado (como en su mayoría lo pedía) y así enfrentarse con cierto éxito a la represión armada reaccionaria.

Después del golpe de Estado, que bárbaramente reprimió y desarticuló a las vanguardias políticas de izquierda, liquidando toda forma de expresión democrática, a los pocos dirigentes que pudieron sobrevivir a la represión e intentaron reagrupar las fuerzas obreras se les presentó el problema de tener que paliar esa inexperiencia histórica de lucha insurreccional armada por parte del pueblo chileno. Al respecto, como dato ilustrativo, recuérdese que Chile es el único país latinoamericano, junto a Costa Rica, que no presenta guerrillas armadas de izquierda en el siglo xx.

Por otra parte, existía el problema, ligado al anterior, de la institucionalización de las formas de lucha de la izquierda. Suprimida la legalidad burguesa y destruidos los partidos pertenecientes a la Unidad Popular, los militantes de estos últimos perdieron su *ambiente natural* de acción y se desvincularon, en un primer momento, de las masas de trabajadores. Sin embargo, así como en Chile existe una tradición de lucha pacífica, encuadrada dentro de los márgenes de la legalidad burguesa, también existe una *tradición de masas*, es decir, una participación masiva por parte de las grandes mayorías nacionales en la problemática política; de allí los movimientos de rebeldía espontáneos a que hacíamos mención, a pesar de la burocratización de los dirigentes y la institucionalización de la política por medio de los partidos.

En realidad, es esta tradición de masas del movimiento obrero chileno lo que permite que aún sobreviva la llama de la revolución, sin perjuicio de la brutal represión y la política económica de hambre con que la Junta Militar agobia al pueblo. En efecto, desde el seno de las masas asalariadas surgen nuevas formas de organización, más apropiadas a las condiciones políticas imperantes y, al mismo tiempo, nuevos dirigentes, destinados a reemplazar a los desaparecidos y los exiliados, en la más rigurosa clandestinidad, hacen su

aparición en la escena política del país. Pero lo más importante de todo es que estos nuevos dirigentes desde el seno de las masas, organizados en forma adecuada a la lucha que hoy se libra en Chile, elaboran, en forma lenta pero segura, la nueva estrategia política destinada a derrocar a la dictadura fascistoide y a construir el socialismo. Es un movimiento poco espectacular, que recién se está estructurando, contradictorio, el cual todavía no pasa a la ofensiva, pues al revés de la mayoría de las guerrillas latinoamericanas no se contenta con estructurar un brazo armado del pueblo para iniciar la ofensiva, sino que, por el contrario, pretende afianzarse primero en las masas; tal vez por eso no pueda, todavía, sobrepasar la etapa de la organización por la base.

Sin embargo, junto a los obstáculos que le opone la dictadura y la represión militar, el movimiento revolucionario chileno debe, para su desarrollo orgánico y práctico, superar una contradicción interna: la existencia de dos estrategias políticas que pretenden llevar por distinto camino a la revolución. A una de ellas le interesa volver a trabajar en un marco democrático burgués y, como en el pasado, institucionalizar la lucha de acuerdo a la tradición histórico-política chilena. La otra, de acuerdo a las condiciones políticas actuales impuestas por la dictadura, pretende construir un movimiento armado de masas que derroque al fascismo-militar e instaure enseguida la dictadura del proletariado.

Se trata de una contradicción que no es nueva en el seno de los movimientos revolucionarios y sus puntos controvertidos se refieren al problema de las alianzas y al de la táctica de lucha. En Chile, la contradicción existió en el seno de la Unidad Popular e, incluso, al interior de sus partidos se impuso, como es sabido, la posición que consideraba posible en Chile el tránsito al socialismo en forma pacífica, dentro de los límites fijados por el Estado burgués y mediante una alianza con el Partido Demócrata Cristiano (donde se refugiaban políticamente sectores importantes de la gran burguesía monopólica chilena). La historia demostró que el Estado (en último término sus fuerzas armadas) no permite que un poder extraño a él, como el que representan los partidos marxistas, se instale en su seno, por muy democrático que sea el procedimiento electoral para tal efecto; asimismo demostró que las alianzas entre partidos burgueses y partidos proletarios son irrealizables en los momentos álgidos de la lucha de clases, a no ser que uno de ellos traicione sus propios intereses de clase y cese de luchar, cosa que en Chile, dada la agudización del conflicto, jamás hubiera sido permitido por ninguno de los dos bandos en pugna. La otra posición, minoritaria en la Unidad Popular y sectores de gobierno, consideraba imprescindible armar a las masas para oponerse al golpe de estado, no transar el programa de gobierno con la Democracia Cristiana e ir, paulatinamente, entregándole el poder al pueblo organizado.

La contradicción todavía subsiste, hoy día referida al problema de cómo enfrentarse a la Junta Militar. En el interior de Chile se discuten tácticas de lucha y formas de organización y, al parecer, por los documentos de los

partidos que nos llegan desde la clandestinidad, sigue estando el pueblo dividido (a pesar que desde un punto de vista humano existe una gran solidaridad ante la represión); sin embargo, en los últimos días la Coordinadora de Regionales del Partido Socialista, organización que agrupa a las bases de ese partido, prácticamente acéfalo de conducción superior en el interior del país a consecuencia de la represión militar, remitió al exterior una cinta de *tres horas de grabación con importantes definiciones políticas*.<sup>\*</sup> No está demás señalar que se trata del partido mayoritario de lo que fue la Unidad Popular y, a pesar que es el más golpeado por la dictadura fascista, tiene mucho arrastre de masas, por lo que sus definiciones políticas tienen una importancia considerable.

Comienza la grabación comentada, que reproduce las palabras de uno de lo más altos dirigentes socialistas en el interior del país, *por desahuciar la vía electoral o vía pacífica*, o también llamada "chilena al socialismo", en los siguientes términos textuales:

*El Partido Socialista de Chile y la gran mayoría de sus bases obreras y campesinas opinan que la derrota del movimiento popular se debió a causas profundas. Nosotros opinamos de que el 11 de septiembre se derrotó en Chile la concepción estratégica que se había elaborado para el proceso revolucionario chileno. A nuestro juicio lo que se derrotó el 11 de septiembre fue la llamada vía pacífica al socialismo o, lo que es lo mismo, la llamada vía chilena hacia el socialismo.*

Enseguida se pronuncia por una estrategia que, en síntesis, recoge las viejas tesis del Partido Socialista, dejadas de lado por sus dirigentes durante el gobierno de la Unidad Popular, la cual hace énfasis en que el camino fundamental para la conquista del poder es la lucha armada, sin desechar otras formas de lucha, pero subordinadas a las acciones armadas de masa. El fin de esa lucha armada es la dictadura del proletariado, desechando cualquier posibilidad de una fase democrática burguesa previa. En este último sentido, el documento oral es categórico en el rechazo al juego electoral y parlamentario. Para abreviar citaremos sólo un párrafo:

*Entonces, nosotros reafirmamos esa estrategia elaborada ahí, en el Congreso de Chillán del Partido Socialista. Algunos dicen que ahora no es válida, que hay que revisarla, que las cosas han cambiado, que esas tesis nos aíslan de las masas. Son los mismos que quisieran volver a la política que se aplicó antes del 73 y que culminó el 11 de septiembre. Volver al reparto de cuotas de diputados, de senadores y cada seis años de Presidente de la República, olvidándose de que ahora la burguesía ha aprendido también a matar, a asesinar a los presidentes de la República.*

Como se percibe, el documento socialista es categórico en rechazar la estrategia de la Unidad Popular, que todavía está presente en Chile, aunque

<sup>\*</sup> Véase este número: *Materiales de estudio*: "La Resistencia Chilena (La Coordinadora de Regionales del Partido Socialista de Chile y el Golpe Fascista)."

en forma minoritaria, como lo expresa la misma grabación. No cabe duda de que donde sigue imperando ideológicamente la estrategia fracasada que aplicó el gobierno de la Unidad Popular es entre los dirigentes de sus partidos y los altos funcionarios del gobierno de Allende, la mayoría de ellos en el exilio. Estos últimos tienen mayor acceso a los gobiernos y a la prensa de los países democráticos que los han cobijado, en la creencia que representan fielmente al pueblo chileno en desgracia, pero sus declaraciones y artículos sobre el proceso revolucionario chileno reflejan su versión, la cual no siempre es compartida por amplios sectores de masas en Chile.

Para la concepción estratégica que pretende resucitar a una coalición de partidos al "estilo UP", lo más importante por ahora es derrocar a la Junta Militar, mediante un "Frente Amplio Antifascista" al cual se incorporarían sectores de la burguesía con intereses contradictorios a la política militar, buscando la vuelta de la democracia en Chile.

Por el contrario, para las fuerzas socialistas y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y para otros partidos marxistas chilenos, se trata de crear, como explícitamente lo dice el documento que comentamos, un "Frente de Otro Tipo", generado desde la base; es decir, del taller, de la fábrica, del predio agrícola, de la colonia proletaria, de cada lugar de trabajo, mediante la organización de lo que la grabación llama *Comisiones Obreras*, que serían los pilares, los soportes del frente revolucionario. En esta alianza popular no se rechaza a nadie que quiera cooperar a derrocar a la dictadura, siempre que acepte la hegemonía obrero-campesina que tendrá, necesariamente, que dar conducción política a la revolución, la cual en su fase definitiva será armada y desembocará en un gobierno socialista, en la dictadura del proletariado.

Con esta concepción estratégica queda descartada una presunta hegemonía burguesa en el "Frente Antifascista", postulada por muchos ex dirigentes de la UP y el Partido Comunista; hegemonía que se puede trocar en una nueva dictadura para la clase obrera y el pueblo una vez derrocado Pinochet, sobre todo porque la dominación imperialista en el cono sur y el desarrollo peculiar del capitalismo en la región no soporta más "gobiernos democrático-burgueses", sólo acepta *dictaduras militares fascistoides*.

Como tantas veces se ha dicho, la alternativa para América Latina es fascismo o socialismo, cualquiera otra intermedia sólo contribuye a forjar falsas ilusiones en la democracia burguesa que, al parecer, inevitablemente, se trocan en la amarga realidad fascista-militar.

En todo caso, la elección de una u otra estrategia en discusión corresponde a los combatientes en Chile. Serán ellos, en último término, los que dirán la última palabra respecto al carácter que tendrá la revolución chilena. Mientras tanto, las declaraciones grabadas por el Partido Socialista en Chile, agudizan la polémica en el exterior.